
TRES PRESIDENTES DE LA SOCIEDAD MEXICANA DE HISTORIA NATURAL: J. DIAZ BARRIGA (1937); I. GONZALEZ GUZMAN (1940-41); M. MALDONADO-KOERDELL (1948-49)

ENRIQUE BELTRÁN

Presidente Honorario de la S.M.H.N.

Durante los dos últimos años tuvimos la pena de perder a tres distinguidos miembros de la Sociedad Mexicana de Historia Natural que ocuparon la presidencia de la misma. Consocios destacados y amigos personales muy estimados, a quienes en nombre de la Corporación y en el mío propio, rindo merecido homenaje en estas líneas.

JESUS DÍAZ BARRIGA (1890-1971)

Como en alguna otra parte he relatado, desde mis años de estudiante, compenetrado de lo que la Sociedad Mexicana de Historia Natural significó para la ciencia nacional a partir de su fundación en 1868, había anhelado verla resurgir a la vida, poniendo fin al largo periodo de inactividad que, por la desafortunada coincidencia de la desaparición de la casi totalidad de sus entusiastas fundadores, y las convulsiones revolucionarias que agitaban a México, se inició en 1914.

No hubo sin embargo quién tomara a su cargo la difícil empresa. Sólo hasta 1936, habiendo encontrado en el Instituto de Capacitación del Magisterio de Segunda Enseñanza —hoy Escuela Normal Superior— un grupo entusiasta de maestros y alumnos que simpatizaron con la idea, tuve el atrevimiento de iniciar la ímproba tarea.

Desde los primeros cambios de impresiones se puso de manifiesto que, si la Sociedad Mexicana de Historia Natural quería ser útil en su segunda etapa, no sólo había de impulsar la investigación científica y la difusión de los conocimientos, sino que —cosa más difícil— tenía que pugnar por la implantación de un clima de verdadera cordialidad entre los biólogos mexicanos que, individualmente o por grupos, parecían irreconciliablemente distanciados entre sí.

Procuramos, a partir del momento en que la Comisión Organizadora lanzó el primer llamado, dejar clara constancia de que no nos movían mezquinos personalismos ni estéril espíritu de grupo. Para demostrarlo, invitamos sin excepción alguna a todos aquellos que sabíamos que, como profesionales o aficionados, se interesaban por las ciencias naturales. Y tuvimos la satisfacción que una abrumadora mayoría aceptara.

Se había logrado pues que la membresía tuviera amplia base, lo que la ponía a salvo de ser identificada con un grupo determinado.

Quedaba sin embargo pendiente un serio problema: seleccionar quien había de ser el primer Presidente de la Corporación.

Evidentemente, en la nómina de los fundadores había personas con indiscutibles méritos para ocupar el cargo. Pero desafortunadamente, casi todos, si bien satisfacían a un determinado sector de socios, despertaban apasionada oposición de otros, pertenecientes a bando antagónico. Y si este choque inicial se producía, bastaría para echar por tierra nuestro firme propósito de hacer de la Corporación una arena neutral, donde todos pudieran sentirse a gusto, que sirviera para limar asperezas e iniciar el ambiente de cordialidad que tanto se necesitaba, y que ardentemente deseábamos implantar.

El Dr. Jesús Díaz Barriga, traído de Morelia por el Presidente Cárdenas, y que servía entonces en su Gabinete el cargo de Subsecretario de Asistencia Pública, parecía un buen candidato, por su falta de contacto con el ambiente capitalino, en el que se centraban las pugnas individuales y de grupo. Además de justificarse objetivamente su elección por los destacados antecedentes de su actuación en Michoacán.

Mi conocimiento con el Dr. Díaz Barriga —Don Chucho, como cariñosamente lo llamaban sus discípulos y amigos nicolaitas— era muy superficial, pues apenas poco tiempo atrás habíamos sido presentados por un amigo

común, muy apreciado de ambos: el Dr. Enrique Arreguín. Pero la forma en que éste hablaba de él era no sólo plena de afecto para la persona, sino también de gran aprecio por sus méritos como intelectual, maestro y funcionario.

Nació en Salvatierra, Gto., el 3 de junio de 1890; pero cuando apenas tenía dos años de edad, su familia se trasladó a Morelia, donde luego de terminar la instrucción primaria ingresó en 1902 al Colegio Seminario, pasando después al glorioso plantel que, en recuerdo de su alumno y regente el Padre de la Patria, llevaba el nombre de Colegio de San Nicolás de Hidalgo, en el que terminó el ciclo preparatorio en 1909, habiendo sido designado desde 1906, por el empeño y capacidad que demostraba en sus estudios, ayudante de la cátedra de Física.

Simpatizador del movimiento popular contra la dictadura porfiriana, fue activo propagandista de las candidaturas del Lic. José M. Pino Suárez para Vicepresidente de la República y del Dr. Miguel Silva para la gubernatura del Estado.

Cuando en 1912 los estudiantes nicolaitas chocaron contra el Regente de su plantel, el Lic. Salvador Cortés Rubio de filiación reaccionaria, la pugna surgida motivó la clausura del Colegio, y la agrupación de los alumnos que querían continuar sus estudios —apoyados por un grupo de maestros progresistas— en un centro al que cariñosamente se llamaba San Nicolasito, que no sólo sirvió para mantener viva la llama de la enseñanza, sino para estimular el fervor revolucionario de la juventud.

No es pues de extrañar que el estudiante Jesús Díaz Barriga fuera en ese ambiente de filiación antihuertista; y más tarde colaborara entusiastamente con los primeros gobernadores revolucionarios de Michoacán, sucesivamente los Generales Gertrudis Sánchez y Alfredo Elizondo.

El prestigio adquirido en la lucha cívica, explica que al verificarse en 1917 las elecciones para integrar la XXVII Legislatura en el Congreso de la Unión, resultara electo Diputado por el 20. Distrito de Michoacán —cuando acababa de cumplir 26 años— como suplente del Dr. Cayetano Andrade, nicolaita también, que no sólo se distinguió en el campo de la medicina, sino como fecundo e inspirado poeta.

Su amor a las tareas docentes, iniciado cuando a los 16 años desempeñó el cargo de ayudante del curso de Física en San Nicolás, no lo abandonó nunca. En dicho plantel sirvió las cátedras de Matemáticas, Física y Biología. Y en la Escuela de Medicina las de Fisiología, y de Bacteriología y Parasitología.

Por seis años —de 1926 a 1932— tuvo a su cargo la rectoría de la Universidad Michoacana, a la que renunció al terminar el periodo de gobierno del Gral. Lázaro Cárdenas, e iniciarse el del Gral. Benigno Serrato, de filiación derechista.

Tanto Bonavit (1958) como Macías (1940) en sus libros dedicados a la historia de la Universidad Michoacana, mencionan con aprecio el periodo rectoral de Díaz Barriga. Ciertamente es también que Ortega (1968) al tratar el mismo asunto vierte contra él vitriólicos ataques que, dado el tono ultrarreaccionario de la obra, pueden considerarse elogios.

La salida de Don Chucho originó efervescencia en la mesa estudiantil, que lamentando su partida deseaba lo sucediera en el puesto el Dr. Enrique Arreguín, de definida filiación izquierdista, lo que motivó el rechazo del Gobernador a su candidatura, designando en su lugar al Lic. Gustavo Corona, que no contaba con la simpatía de alumnos y maestros progresistas. Poco duró sin embargo la administración de Corona, pues al morir en 1933 el general Serrato en un accidente de aviación, su sustituto, el Gral. Rafael Sánchez Tapia, nombró Rector a Arreguín, discípulo dilecto y leal amigo de Díaz Barriga.

Al asumir el Gral. Lázaro Cárdenas la primera magistratura del país, llamó a su lado a un grupo de distinguidos michoacanos, entre los que figuraba Díaz Barriga, que formó parte del Consejo Nacional para la Educación Superior y la Investigación Científica, al que también perteneció Arreguín, que llegó a ocupar la presidencia del mismo.

Durante la administración del divisionario de Jiquilpan —y en la de su inmediato sucesor— desempeñó decorosamente los cargos de Secretario General del Departamento de Salubridad Pública, Secretario General de la Beneficencia Pública, Subsecretario de Asistencia Pública, Jefe de la Comisión de Estudios de la Presidencia, y Director General de Enseñanza Superior e Investigación Científica en la S.E.P.

Esa era la persona que en diciembre de 1936 se eligió para presidir la primera Directiva de nuestra Sociedad. Su estrecho contacto con el Gral. Cárdenas, que valientemente orientaba hacia la izquierda la política nacional, garantizaba su identificación con los propósitos básicos enunciados en la convocatoria para reorganizar la Sociedad

Mexicana de Historia Natural —afirmados después en su Declaración de Principios— de poner la Corporación al servicio de la superación y progreso de la Patria; que coincidía con los que gallardamente proclamaba —y trataba de hacer realidad— el sincero revolucionario que empuñaba entonces el timón del Estado.

Al ocupar la presidencia de la agrupación, el Dr. Díaz Barriga consiguió de la Secretaría de Asistencia Pública una modesta ayuda —en esos momentos no por eso menos valiosa— para nuestras erogaciones iniciales. Y a través de Arreguín, Presidente entonces de Vanguardia Nicolaita, obtuvo que por una modesta cuota mensual, el edificio que la misma ocupaba en las calles de Ramón Guzmán, proporcionara alojamiento a las oficinas de la Sociedad, y sitio para celebrar sus sesiones.

El discurso inaugural que pronunció al iniciar sus labores la Corporación el 22 de enero de 1937, tuvo por título “La nueva Sociedad Mexicana de Historia Natural y sus finalidades”, que fue su única contribución, y desgraciadamente no quedó en las páginas de la *Revista*, ya que la misma inició su publicación hasta 1939.

Las ocupaciones oficiales que reclamaban su atención, no le permitieron dedicar a la Sociedad el tiempo que ésta requería por lo que la mayor parte de las sesiones en nuestro primer año de labores, fueron dirigidas por el Vicepresidente Profr. Juan Manuel Noriega, eminente químico farmacéutico y activo miembro de la corporación hasta su muerte, a quien dejo también en estas líneas testimonio de nuestra estimación y mi personal afecto.

Posteriormente, casi hasta el fin de su vida en febrero de 1971, estuvo el Dr. Díaz Barriga conectado con el Instituto N. de Nutriología, del entonces Departamento de Salubridad Pública, dependencia ésta última en la que también prestaba yo mis servicios como Jefe del Laboratorio de Protozoología del Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, en el que laboré desde su fundación en 1939, hasta que me separé en 1952 para establecer el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables.

Esta coincidencia motivó que, aunque raras veces concurría él a las sesiones de la S.M.H.N., siguiéramos teniendo contactos ocasionales, en los que me enteraba de sus inquietudes, siempre presentes en el campo de la investigación al servicio de México, especialmente en asuntos de educación y de alimentación popular, que eran los que particularmente lo atraían.

Recuerdo el entusiasmo con que hablaba de las propiedades alimenticias del frijol soya, y sus esfuerzos para que nuestros compatriotas lo comprendieran y se beneficiarían de ellas.

Recuerdo también que en una época estuvo interesado en estudiar las características comparadas de esos típicos recipientes de piedra negra en forma de cono invertido que emplean nuestros campesinos para filtrar el agua, y a los que denominan “destiladeras”.

Deseoso de evaluar su significación en el campo de la higiene, y establecer las características del material de las destiladeras en distintas regiones del país, realizaba extensos y a veces penosos recorridos para reunir ejemplares, que almacenaba en una bodega del Instituto de Enfermedades Tropicales, que para el efecto se le había proporcionado.

Si la memoria no me es infiel, creo que también en alguna ocasión estuvo interesado en las supuestas propiedades antipalúdicas de una planta conocida vulgarmente con el nombre de “copalchi” en Michoacán.

Desafortunadamente, a pesar del fogoso entusiasmo que ponía en todas sus tareas, muy poco fue lo que escribió, y menos aun lo que llegó a ver publicado. Ello explica que su figura, fuera del ámbito nicolaita, sea poco conocida.

Quienes lo tratamos, pudimos estimarlo como maestro que se entregaba totalmente a la docencia; como investigador que gustaba asomarse a diversos problemas, especialmente si eran de significación social; y como funcionario que sirvió decorosamente en las tareas que su país le encomendó. Porque el Dr. Jesús Díaz Barriga —Don Chucho—fue ante todo, y por sobre todo, un mexicano que consagró su vida al servicio de México.

IGNACIO GONZÁLEZ GUZMÁN (1898-1972)

El segundo Presidente de la Corporación fue el Dr. Manuel Martínez Báez, quien se entregó con cariño y entusiasmo a la dirección de la misma, logrando consolidarla en su difícil etapa inicial, durante los años de 1938 y 1939.

Para sustituirlo en 1940 fue electo el Dr. Ignacio González Guzmán —a quien cariñosamente llamábamos Nacho sus amigos cercanos— unánimemente reelecto en 1941; y que en el bienio dio vigoroso impulso a la Sociedad, como más adelante se dice.

Aunque algo mayor que el que esto escribe, podíamos considerarnos contemporáneos, a pesar de lo cual —y de ser ambos graduados en la Universidad de México— no nos tratamos en nuestros años estudiantiles, por haber hecho él sus estudios preparatorios en el Instituto Científico y Literario del Estado de México, y luego los profesionales en la Facultad de Medicina, mientras yo seguía los de Ciencias Naturales en la de Altos Estudios.

Tampoco como profesionistas tuvimos contacto cercano, a pesar de que en mis años iniciales incursioné en el campo de la histología y el de la anatomía patológica, en los que, junto con la citología, hizo González Guzmán tan brillantes aportaciones.

Esa desafortunada falta de contacto, que más de una vez comentamos después, era precisamente uno de los deplorables resultados de las banderías que entonces privaban en el campo de las ciencias biológicas, y que en forma automática y gratuita pasaban de maestros a discípulos. Fue discípulo él del Dr. Fernando Ocaranza, que junto con el Dr. Eliseo Ramírez y el Profr. Isaac Ochoterena, formaban un grupo enemigo acérrimo del Profr. Alfonso L. Herrera, mi maestro en Altos Estudios y luego mi jefe en la Dirección de Estudios Biológicos, y eso bastaba para situarnos en campos antagónicos.

Sin embargo, a mi regreso al país en 1933 después de una larga ausencia en la Universidad de Columbia, pronto iniciamos una sincera amistad que duró hasta el día de su muerte, y que hoy sigue a través de su hijo Jorge, estimado discípulo mío en la Preparatoria, y hoy brillante investigador en la Universidad Nacional.

Nació Ignacio González Guzmán el 6 de septiembre de 1898 en Puruarán, Mich., e inició sus estudios primarios en Senguío, del mismo Estado, continuándolos en Toluca donde también —como antes mencioné— cursó la Preparatoria en el Instituto Científico y Literario.

Inscrito en la Escuela de Medicina de la Universidad Nacional de México en 1917, obtuvo en la misma el título de Médico-Cirujano el 7 de julio de 1923, siendo su tesis profesional sobre *Los leucocitos eosinófilos y un método de diagnóstico basado en su formación experimental*; que no sólo señaló desde entonces —a los veinticinco años— su temprana inclinación hacia la investigación científica, sino también el campo en que habría de desarrollarse brillantemente por casi medio siglo.

Al año siguiente fue nombrado, en la propia Escuela de Medicina Profesor de Biología y Fisiología General, habiendo servido también en el mismo plantel las cátedras de Fisiología General, Fisiología Humana y Embriología. Por cortos periodos enseñó Biología General en la Facultad de Filosofía y Letras (1927-28) y Biología General en la Escuela Normal para Maestros (1928); y en 1934-35 Histología en la Universidad Obrera de México.

Presidente en el periodo 1937-38 de la Academia Nacional de Medicina en la que dejó brillante huella, tuve la satisfacción de recibir de su mano el diploma y la vena de Académico Numerario, cuando en 1937 ingresé a ella para ocupar el recién creado sillón de Biología.

Dos años antes, en 1935, había sido inmerecidamente designado por la Secretaría de Educación Pública para presidir el Jurado que debía otorgar el recién creado Premio Nacional de Ciencias, del que también formaban parte mis admirados amigos —de entonces y de ahora— los Drs. Ignacio Chávez y Manuel Martínez Báez. Dicho tribunal acordó conceder tal preseña al Dr. Ignacio González Guzmán, que había sometido su excelente libro *Estudios Nucleolares* primer tomo de una serie de ocho volúmenes que, desgraciadamente, no llegaron a aparecer.

Seis lustros después —en 1964— le fue nuevamente otorgado otro premio con idéntica denominación, pero de mucho mayor significado.

González Guzmán, que a su gran cultura científica y humanista unía clara inteligencia, tenía una personalidad jovial y atrayente, que le sirvió para agrupar numerosos y sinceros amigos.

De fácil expresión y aguda ironía, era ameno en la exposición y temible en la polémica en defensa de una definida ideología de vanguardia, tanto en el campo científico como en el social. Por muchos años se comentaron en el seno de la Academia de Medicina las acaloradas discusiones que motivaron algunos de sus trabajos, en que arremetió contra anacrónicos conceptos.

Electo para ocupar la presidencia de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, tomó posesión del cargo en la

sesión del 19 de enero de 1940, siendo el título de su discurso inaugural reglamentario “Las orientaciones modernas de la citología”. Su dirección fue encomiable, no sólo por su asidua concurrencias a las sesiones y la forma brillante en que las dirigía, sino también por la presentación de interesantes trabajos que quedaron en las páginas de la *Revista*, en los tomos que se extienden del 1 al 10.

Cuando tomó posesión del cargo, las sesiones se llevaban a cabo en el Museo de la Flora y Fauna, dependiente del Departamento Autónomo Forestal y de Caza y Pesca, que por su relativo alejamiento del “centro” de la ciudad —con los juicios de entonces— pues estaba situado a la entrada del Bosque de Chapultepec, así como por sus condiciones materiales, no resultaba satisfactorio. Para resolver el problema, obtuvo que la Academia N. de Medicina nos permitiera hacer uso —gratis e irrestricto— del magnífico salón que ocupaba en el viejo edificio de la Escuela N. de Medicina. Generosa hospitalidad que disfrutamos por más de dos lustros, hasta que al adquirir el Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables su edificio de la Av. Dr. Vértiz, se dispuso del Auditorio del mismo para las sesiones, quedando también concentradas ahí la Secretaría y la Biblioteca.

Ante los problemas que nuestra penuria planteaba para la publicación regular de la *Revista*, cuyo primer número había visto la luz a fines de 1939 —durante la presidencia del Dr. Martínez Báez— obtuvo que la Universidad; accediera a imprimirla gratuitamente en los talleres que por aquellos años tenía en las calles de Colombia.

Su destacada gestión motivó se le reeligiera para un nuevo periodo, en cuya sesión inaugural —el 17 de enero de 1941— dio lectura a un trabajo intitulado “Conceptos sobre la fisiología y funcionalismo de los plasmocitos”.

La actuación del Dr. González Guzmán en el seno de la Universidad Nacional fue muy destacada, no sólo como maestro sino también como Director de la Facultad de Medicina (1944-46) y Coordinador de la Investigación Científica (1961-66).

Con el carácter de Profesor Extraordinario, dictó cursos en las Universidades de Puerto Rico y San Marcos de Lima; y las Universidades de Sonora, Michoacana, de Chile y de París, lo incorporaron a sus claustros como Doctor *Honoris causa*.

En 1943 el Colegio Nacional lo llamó a su seno, en el que, en cumplimiento del precepto reglamentario respectivo, dictó importantes cursos anuales, que atraían nutrido auditorio y eran ampliamente comentados.

Los temas de las conferencias estuvieron en su mayoría —como era de esperarse— relacionados con problemas hematológicos o nucleolares.

Sin embargo, hombre de amplia cultura, e insaciable curiosidad científica y orientación humanista, gustaba de asomarse a campos ajenos de aquellos en que llevaba a cabo sus investigaciones de laboratorio. Y con el correr de los años sintió deseos de exponer sus conocimientos e ideas al respecto, como lo prueban los asuntos que escogió para algunos de los últimos cursos que dictó: “Introducción biológica al pensamiento mágico” (1963), “El origen del hombre” (1964) “Las primeras moradas del hombre. El arte rupestre del hombre primitivo” (1965), “Los ritos de los hombres primitivos” (1967), “El pensamiento mágico. Animales míticos y fabulosos” (1968).

He querido dejar para lo último, por considerar que fue la destacada culminación de su vida como maestro e investigador, su paso por la dirección del Instituto de Estudios Médicos y Biológicos de la Universidad Nacional, que tan brillantemente desempeñó por un cuarto de siglo: 1940 a 1965.

Entregado apasionadamente a la responsabilidad que se le había confiado, logró que el Instituto —indiscutible obra suya— creciera hasta convertirse en uno de los más activos y mejor dotados de la Universidad, en cuyos bien equipados laboratorios tuvo oportunidad de desarrollar brillantes aportaciones a la técnica de la investigación citológica, de la que era no sólo indudable autoridad, sino también genial innovador.

Su espíritu de maestro encontró ahí oportunidad de encauzar permanentemente por la senda de la investigación científica, toda una pléyade de entusiastas investigadores jóvenes que, bajo su atinada guía y con la ayuda de su ejemplo y sus consejos, pronto llegaron a destacados niveles. Como uno de los así formados puede citarse a su propio hilo, el Dr. Jorge González Ramírez, que aún continúa laborando brillantemente en el Instituto.

Resultado de sus investigaciones fueron tres libros que, incluyendo el ya mencionado *Estudios nucleolares* (1935), son *Mielosis eritrémica tipo Guglieme* (1949) y *Citofisiología de la inmunidad*, obra planeada para desarrollarse en cuatro tomos, de los que sólo apareció el primero —*Linfocitos*— en 1958. El número de artículos, predominantemente sobre temas de histología, hematología y citología, aparecidos en revistas científicas

nacionales y extranjeras, suma alrededor de 300.

De carácter alegre, comunicativo, afecto a disfrutar de la vida, Nacho era afable y sencillo, dispuesto a establecer franca amistad con personas en quienes descubría afinidades y en las que a su vez despertaba sincero afecto.

De ideas avanzadas, en el campo de la investigación, audaz para combatir fetiches y supersticiones en materia científica, siempre siguió con interés los problemas sociales del país, a los que cada vez se asomó con mayor inquietud y asiduidad.

En sus últimos años, las oleadas de la efervescencia social lo alcanzaron y lo hicieron blanco de ataques malévolos de quienes niegan al científico su carácter de hombre y quisieran que permaneciera ajeno a todo lo que no es su campo de investigación. Contempló con angustia ciertos aspectos de la vida nacional; y la violencia de la represión alcanzó a herirlo en alguien muy querido.

Por ocho largos lustros, una innegable afinidad de intereses en más de un concepto nos unió en sincera e íntima amistad, que aunque no siempre se manifestaba con asiduidad, que tanto obstaculiza el absurdo y acelerado torbellino de la vida urbana contemporánea, nunca llegó a enfriarse y mucho menos tuvo enfrentamientos.

En 1964, ocupando un cargo elevado en la administración pública cerca del Presidente López Mateos, el gobernador de un Estado desató en contra mía furibunda y nada ponderada agresión. El incidente —pese al amarillismo periodístico que lo envolvió— no llegó a afectarme; pues si la categoría política del atacante era indudablemente destacada, su personalidad distaba mucho de serlo y no ameritaba concederle beligerancia.

Contra lo que el iniciador del escándalo esperaba, su morbosa intemperancia me proporcionó una de las mayores satisfacciones que he tenido en mi vida, como fue ver la forma espontánea y gallarda en que un nutrido grupo de amigos —más de 100— entre los que figuraban nombres muy ilustres, me patentizarán su afecto y solidaridad en testimonio que publicó la prensa.

Entre los firmantes estaba —y nunca imaginé siquiera pudiera haber faltado— un varón de calidad: el Dr. Ignacio González Guzmán, a quien aquí rindo testimonio de gratitud y afecto, cuando me ha precedido en la marcha inevitable en la que, por razones biológicas, no tardaré mucho en seguirlo.

MANUEL MALDONADO KOERDELL (1905-1972)

Tenía cuarenta años llenos de vigor, cuando en 1948 fue electo octavo Presidente de la Sociedad, al terminar el periodo del Dr. Cándido Bolívar, desempeñando eficientemente su cargo por dos periodos consecutivos.

Nacido en Mazatlán el 25 de enero de 1908 hizo en aquel puerto —y si la memoria no me es infiel también en parte en la ciudad de Oaxaca—su instrucción primaria. Posteriormente, al trasladarse su familia a la capital de la República, cursó la Preparatoria —que entonces incluía el ciclo secundario en el Colegio Francés Morelos, concluyéndola en 1924, para ingresar el siguiente año a la Universidad Nacional de México.

Lo conocí en 1934, cuando en la Escuela de Bacteriología de la Universidad Gabino Barreda —organizada ese año— era Profesor de Anatomía Humana (descriptiva y clínica); cátedra que servía con entusiasmo y dedicación. Me lo presentó el Profr. Diodoro Antúnez, dinámico y eficiente Secretario de la Universidad Gabino Barreda, y también de su Escuela de Bacteriología, de la que fue motor principal en sus tres años de existencia; y continuo siéndolo por varios más cuando en 1937 se incorporó al Instituto Politécnico Nacional como Escuela de Bacteriología, Parasitología y Fermentaciones, nombre que cambió al siguiente año por el de Escuela N. de Ciencias Biológicas, que hasta la fecha ostenta.

En 1940 Antúnez y Maldonado iniciaron en el *Boletín* de la mencionada Escuela, la publicación de una documentada "Historia de la Escuela N. de Ciencias Biológicas", que desafortunadamente interrumpieron.

Dos cosas me impresionaron principalmente en Maldonado: la incansable actividad y el apasionado entusiasmo que ponía en todo aquello a que se dedicaba; y que no siempre alcanzaba a terminar, pues solía abandonarlo para iniciar otra tarea que le parecía más atrayente e importante.

Su personalidad científica se formó en la Escuela N. de Ciencias Biológicas en la que desde 1934 sirvió las cátedras de Anatomía Humana, Citología, Histología y Embriología, Sexualidad, y Morfogénesis.

Al comenzar el año de 1944 abandonó el plantel cuando el Dr. Eduardo Aguirre Pequeño, que acababa de fundar el Instituto de Investigaciones Científicas de la Universidad de Nuevo León, lo llamó a Monterrey para ocupar en propiedad la Jefatura de la Sección de Historia Natural, e interinamente la Secretaría del establecimiento.

Apenas fundado el Instituto, su Director —Aguirre Pequeño— que también se ha caracterizado siempre por su dinamismo, organizó la Sociedad Nuevoleonesa de Historia Natural José Eleuterio González. Para el acto solemne de su inauguración, que se llevó a cabo en el Aula Magna de la Universidad el 16 de junio, invitó a la Directiva de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, habiendo asistido en representación de la misma Federico Bonet, Vicepresidente, Gilberto Nájera, Tesorero y Enrique Beltrán, Secretario Perpetuo.

Tuve entonces oportunidad de observar a Maldonado en sus nuevas funciones, organizando el trabajo de la Sección a su cargo, a la que procuraba orientar hacia las actividades de campo. A la vez que, como Secretario del Instituto, era editor de su *Boletín*, al que supo dar decorosa presentación y encomiable regularidad.

Aunque el Instituto, para lo que entonces eran los centros científicos de provincia podía considerarse bien dotado, lo ambicioso de sus propósitos exigía que los fondos se aplicaran con máxima parsimonia. Y en este aspecto el Secretario era tan celoso colaborador del Director que, teniendo en mente el proverbial sentido de economía que se atribuye a los regiomontanos, le decíamos en broma merecía el Diploma de hijo predilecto de la ciudad.

Seguramente que si hubiera permanecido en Nuevo León, donde se sentía muy satisfecho habría dejado honda huella constructiva en el Instituto. Pero su paso por el mismo fue en extremo breve, pues llegando a comienzos del año, partió rumbo a los Estados Unidos disfrutando una beca, antes que el mismo terminara.

La beca obtenida para ir al vecino país, fue la John Simon Guggenheim Memorial Fellowship, de la que disfruté por dos años —1945-46— y tuvo influencia decisiva en su vida.

Los propósitos que perseguía al solicitar la beca eran dos: el primero; continuar una serie de investigaciones sobre el género *Ambystoma* que había iniciado en México donde, entre otros obstáculos, tropezaba con la carencia de bibliografía; el segundo, estudios de anatomía comparada del esqueleto de los vertebrados, con la finalidad de aplicarlos en el campo de la etnobiología mexicana.

Como en su proyecto figuraba mi nombre en la lista de referencias cuando se me pidió opinar, apoyé entusiastamente al solicitante, avalando su capacidad y la pertinencia del programa, sugiriendo dos cosas: una, que se invirtiera el orden de importancia propuesta para los dos temas de estudio, por estimar que el segundo tendría mayor campo de desarrollo y más repercusión en nuestro medio cuando regresara el becario; la otra, que se pidiera al Profr. R. H. Hall, de la Universidad de California, ser el orientador de los trabajos.

Maldonado estaba entusiasmado con la perspectiva, pero se mantenía en cierto modo escéptico. El 15 de marzo de 1944 me escribía desde Monterrey: “Muy lejos estoy de hacerme ilusiones sobre la famosa beca, pero desde luego comprendo lo que ha significado su poderosa ayuda, de la que también le quedó muy reconocido”.

El 8 del siguiente mes pude informarle que ya había dado mi opinión, y las sugerencias que en ella hacía. Cuando estaba seguro que obtendría la beca le decía: “Bajo la guía y dirección del Profr. Hall, no dudo que pudiera usted aprovechar mucho en este terreno (osteología comparada de vertebrados) y, a su regreso, aprovechando las conexiones que ya tiene bien establecidas con nuestros sectores arqueológicos y etnográficos podría sin duda realizar una labor valiosa”. Estuvo de acuerdo, y me contestó: “Mucho le agradezco la contestación que les dio, y ahora quedo en espera de la resolución que tengan a bien dar al asunto (23 de abril).

No duró mucho su incertidumbre, y en carta del 13 de julio me comunicaba alborozado que se le había notificado oficialmente el otorgamiento de la beca. “Nadie más que usted sabe cuánto debo a su influencia y ayuda la concesión de dicha Beca, y crea que siempre le quedaré agradecido por su apoyo en dicho asunto”.

La “influencia” a que se refería era la estrecha amistad que durante los años de 1931 a 1933 que permanecí en los Estados Unidos —también como becario Guggenheim— establecí con el Dr. Henry A. Moe, Secretario General y alma de la Fundación; así como la que tenía con el Dr. Hall y otros científicos de los llamados a opinar.

En realidad, Maldonado exageraba generosamente, pues su *Curriculum* y la solidez del proyecto presentado bastaban de sobra para justificar el otorgamiento de la beca. Pero si mi empeñosa intervención pudo influir aunque fuera en forma mínima, nada podría producirme más justificado orgullo, considerando la cantidad —y calidad— de

las aportaciones científicas que hizo después de su regreso.

Cuando presentó la solicitud de beca, el Profr. Hall laboraba en la Universidad de California; pero coincidiendo con el otorgamiento de aquella pasó a la Universidad de Kansas como Jefe del Departamento de Zoología y Director del Museo de Historia Natural, lo que explica que el centro de actividades de Maldonado haya sido Lawrence durante los dos años de permanencia en los Estados Unidos, sin que ello le impidiera visitar otros sitios.

El 31 de febrero de 1945, según decía en carta del 24 de febrero siguiente, sustentó el examen preliminar para el grado de Doctor en Filosofía (Zoología y Paleontología) y comenzó a trabajar en la preparación del examen final y la tesis correspondiente, que según indica Alvarez del Villar (homenaje póstumo 22-V-1973) tenía por título "A comparative study of the hypobranchial apparatus in the living genera of the family Ambystomidae, with considerations on their phylogeny", que no llegó a publicarse.

Al retornar al país a fines de 1946, regresó a la Escuela N. de Ciencias Biológicas, para impartir el curso de Paleontología que sirvió hasta 1953. Y que también tuvo a su cargo —por invitación que le hice como Jefe del Ciclo de Ciencias Biológicas— en la Escuela Normal Superior, aunque sólo pudo desempeñarlo en 1947, por tener que atender otras ocupaciones, especialmente las del Departamento de Paleontología de Petróleos Mexicanos, que fundó en 1948, y en el que inició un grupo de jóvenes que hoy ocupan lugar destacado en nuestro medio científico.

No fue el Dr. Maldonado miembro fundador de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, pero pronto ingresó a ella; y ya en el tomo I de su *Revista* (1939-1940) apareció un artículo suyo. Primero de una serie ininterrumpida de 27, que se extienden hasta 1959, en que contribuyó con el último, publicado en el tomo XX.

De ahí en adelante, el haberse ligado con Instituciones que contaban con publicaciones especializadas en los ramos que posteriormente le interesaron, motivó que suspendiera sus contribuciones a nuestro órgano, para destinarlas a aquellas.

Electo Presidente de la Sociedad Mexicana para el año de 1948, dedicó el discurso presidencial de toma de posesión el 16 de enero al tema "Los vertebrados fósiles del cuartanario de México". Su actuación fue brillante y asidua, y su participación en las sesiones contribuía a darles animación y brillo.

Electo para el siguiente ejercicio, no pronunció nuevo discurso inaugural por haber delegado esa función, como es costumbre en la Sociedad, en el Vicepresidente. El desempeño de este segundo periodo tuvo las mismas características destacadas del primero.

Para mí, esta segunda presidencia guarda un recuerdo imborrable, por haberla marcado un rango de sincera y generosa amistad que estrechó mis relaciones con Maldonado y obligó mi gratitud en forma permanente, de lo que me es grato dejar aquí constancia.

Con motivo de que ese año marcaba el XXV aniversario de la iniciación de mis actividades en los terrenos de la investigación y la docencia, tuvo el gesto inmerecido de consagrarme una sesión especial de la Corporación —la del 4 de noviembre— para celebrarlo.

No contento con ello, propuso y fue aprobado, que el Tomo X de la *Revista* correspondiente a ese año, tuviera el carácter de Volumen Jubilar, que sirvió para poner de manifiesto su competencia en el campo editorial, y sus amplias relaciones en el mundo científico, pues logró reunir nada menos que 21 artículos, entre nacionales y extranjeros, procedentes estos últimos de Argentina, Brasil, Chile, Estados Unidos, Francia, Inglaterra, Italia, Nova Goa y Puerto Rico.

Una muestra del afecto que sentía por la Sociedad fue el valioso obsequio que hizo a su biblioteca de la obra de Bory de Saint Vincent, *Dictionnaire classique d'Historie Naturelle*, en 16 tomos, publicado en París entre 1822 y 1831.

Al terminar el segundo periodo de su presidencia, la entregó a otro distinguido consocio, el Dr. José Joaquín Izquierdo, noveno en la lista de sus dirigentes.

Posteriormente el Dr. Maldonado ocupó diversos cargos y realizó valiosas tareas en distintos organismos, entre ellas algunas editoriales de gran significación.

En 1958 ocupó la presidencia de otra distinguida corporación: la Sociedad Mexicana de Hidrobiología; y el mismo año Francia lo distinguió otorgándole las Palmas Académicas.

Nunca laboramos en los mismos campos en el terreno de la investigación biológica, pero si compartimos el mismo interés en el área apasionante de la historia de la ciencia —especialmente en México— y éste fue uno de los factores principales que contribuyó a estrechar nuestras relaciones, que siempre se conservaron cordiales, aunque a veces sustentábamos tesis opuestas.

Ante la imposibilidad de mencionar los diversos campos en el que laboró el Dr. Maldonado en una u otra época, y como muestra de la estimación que en todos conquistaron sus contribuciones, basta decir que en el homenaje rendido a su memoria el 22 de mayo participaron nada menos que siete distinguidas personalidades científicas de México que expusieron, sucesivamente sus aportaciones a la Biología, Geología, Vulcanología, Paleontología, Antropología, Geografía y Geofísica.